

Una vez retirado capituló Stralsund ocupándola las tropas prusianas y danesas á últimos de aquel mismo año. Pocos meses despues rindióse también á los aliados la plaza de Wismar, el último rincón de tierra que la Suecia poseía en el continente.

Mientras todo esto acontecía en el Norte de Alemania, asolaban los rusos las costas de la verdadera Suecia, á donde hubo de retirarse Carlos, despues de una ausencia de 15 años, en cuyo tiempo había perdido todas las posesiones y provincias que la Suecia tenía en el continente, y sacrificado la vida de cientos de millares de sus súbditos. No era, pues, extraño que en lugar de entusiasmo encontrara descontento y amenazas mal reprimidas. Para librarse del nuevo reclutamiento que decretó prefirieron mutilarse muchos infelices jóvenes, porque el entrar en el ejército significaba morir; pero á despecho de todo perseveró Carlos en sus proyectos belicosos, que no solamente requerían soldados sino también dinero. Buscó recursos por medio de empréstitos y nuevas contribuciones que se sacaron de la población con inaudito rigor; mas no bastando todo esto, hizo acuñar por mas de 35 millones de talers de moneda falsa, sin ningún valor, é imprimir papel moneda. Basta decir que los gastos subían anualmente á 125 millones de pesetas, y los ingresos regulares, sin los extraordinarios, solo á 5 millones de pesetas anuales.

Todos estos esfuerzos tan monstruosos como estériles é impotentes contra la inmensa superioridad de las potencias coligadas contra la Suecia, duraron hasta que en 11 de diciembre de 1718 una bala enemiga, no alevosa como se ha dicho, disparada durante el sitio de la fortaleza noruega de Fredrikshal acabó con la vida de Carlos XII. Su muerte fué solemnizada con el sacrificio de 16,000 suecos que en el corazón del invierno septentrional había enviado á operar en los glaciares de Noruega con orden de no volver sino victoriosos.

Solo volvieron mil.

Carlos XII no fué, como se ha creído, un gran general. Era simplemente un genio aventurero, sandio, ciego y obstinado. Al principio alcanzó ventajas porque tenía un ejército excelente y sin rival, mientras sus contrarios solo disponían de huestes sin instrucción ni práctica militar; mas apenas tuvo en frente soldados prácticos, las victorias se le trocaron en constantes derrotas. Solo debe su fama á su arrojo sin igual, á su temeridad demente, y á su confianza imperturbable. El aniquilamiento del poder é influencia exteriores de su patria, y la destruccion de su bienestar interior para todo un siglo, fueron la obra de Carlos XII que no conoció ni lástima ni misericordia, ni tuvo mas guía que su capricho y su necio orgullo.

Muerto Carlos XII, estalló el descontento que fermentaba desde larga fecha en el corazón de la infortunada nación sueca, convencida ya de lo pernicioso que era la monarquía absoluta. El parlamento, reunido á toda prisa, trasformó el país en monarquía electiva, en la cual volvió á tener el consejo del reino, es decir, la alta aristocracia, todo el poder. Este gobierno se propuso desde luego hacer la paz con las potencias enemigas á costa de cualquier sacrificio. La última de estas que firmó el correspondiente tratado con la Suecia fué la Rusia que lo hizo en el año 1721 en la ciudad de Nystaedt.

De todas sus provincias en el continente solo se devolvió á la Suecia la estéril y asolada Finlandia y la parte occidental de la Pomerania anterior con Stralsund. Los ducados de Bremen y Verden quedaron para el Hanover; la Prusia obtuvo la parte oriental de la Pomerania con Stettin; la Dinamarca los territorios de los duques de Holstein-Gottorp,

y la Rusia, las provincias llamadas especialmente bálticas, bien que el czar se empeñó tenazmente en quedarse también con la llamada Prusia occidental y el Meklemburgo, y fué menester para hacerle desistir que el rey de Prusia le amenazara con oponerse á esta pretension con la fuerza de las armas.

Con estos recortes y la prolongada lucha perdió la Suecia para siempre su carácter é influjo de gran potencia, mientras que los mismos sucesos dieron á la Rusia una posición preponderante en el Este y Norte de Europa. Su escuadra imperaba en todo el Báltico, pues que Alemania no tenía marina de guerra. Esta preponderancia moscovita dirigióse en seguida contra la desgraciada Polonia, que entregada de nuevo al miserable rey Augusto II, salió de esta guerra mas arruinada y debilitada que la misma Suecia. Como el rey allí no tenía ninguna autoridad y además siendo extranjero solo inspiraba antipatía, devorábanse entre sí y destruían el país un sinnúmero de partidos. Los parlamentos apenas reunidos quedaban inválidos por el famoso «veto» que tenía cada uno de los infinitos nobles del reino; mientras que á favor del otro fuero de la nobleza de sublevarse en cuerpo y por distritos contra el gobierno central, siempre que lo creyera justo, cada año, ó poco menos se establecía en una ú otra parte del país, que no era mas que una república oligárquica, un parlamento disidente ó como lo llamaban, una «confederación.» A tantos elementos de desorden incurable, agregóse que el parlamento central en 1717, contra lo pactado en todos los tratados anteriores, acordó que sin ser católico no pudiera desempeñarse ningún empleo. Mientras se entretenían los polacos en estas pendencias, el czar se fué estableciendo cada día mas sólidamente en el país, fingiéndose amigo y aliado, tanto que sus tropas estaban allí tan permanentes como si estuvieran en Rusia. Cuando alguna voz se levantaba en el parlamento contra la opresión rusa, no faltaba un partido sobornado por el czar que impidiera toda resolución definitiva contra él; y con semejante recurso ni siquiera pensaba Pedro I en restituir á la Polonia una parte de la Livonia conforme estaba obligado á hacerlo en virtud de diferentes tratados.

Los ingresos anuales de toda la Polonia y la Lituania juntas, no llegaban en total á 35 millones de pesetas; el ejército constaba de 24,000 hombres en el papel, pero mucho menos en efectivo.

La posición de Austria tenía también sus dificultades. Por el lado de Levante aparecía ya amenazador el futuro coloso ruso; en el Norte de Alemania iba creciendo el poder de Prusia como en Italia el de la casa de Saboya con Sicilia; elementos todos que mermaban mucho la preponderancia austriaca, especialmente dentro del imperio alemán. Por esta razón sentían en gran manera los ministros del emperador no poder agregar definitivamente la Baviera á los Estados austriacos, indemnizando al elector con la Bélgica, cosa que habría podido hacerse muy bien en la paz de Rastadt, tanto mas cuanto que el elector Maximiliano Manuel accedía á esta combinación. La anexión de la Baviera era, en efecto, una idea antigua de la corte de Viena, tan antigua como la posesión de la Bélgica; y ciertamente con la incorporación de la Baviera, la casa de Austria habría predominado en Alemania y los Habsburgos habrían acabado por ser emperadores, no solo de nombre sino también de hecho, del territorio alemán. Esto solo podía hacerse entonces, antes que apareciese en escena un Federico II de Prusia y cambiara las cosas como las cambió; pero cabalmente por lo mismo que el Austria con la Baviera podía adquirir tal preponderancia, el gobierno francés no quiso siquiera oír hablar de semejante plan. Podría sin embargo haber seguido trabajando en esta dirección el

gabinete de Viena despues de hecha la paz; mas para esto no era bastante alemán Carlos VI, que lo mismo que Carlos V era mas español por sus simpatías, que príncipe alemán encumbrado al trono imperial. Uno y otro estaban rodeados también de españoles, con la diferencia de que Carlos V representa en la historia la nación española en su mayor importancia, y Carlos VI, tercero en España como pretendiente, la representa en su decadencia. Gustábase mas la etiqueta minuciosa y petrificada, la veneración ciega é idólatra del ceremonial español hacia la persona del monarca, que las maneras francas, rudas, discolas é insolentes de la alta nobleza alemana con sus ribetes de soberanía (1). Aquella se armonizaba mas con la índole orgullosa y el carácter vano de Carlos VI y con sus ensueños juveniles, cambiados en melancólicos pero dulces recuerdos de la esperanza de reunir algún día bajo su cetro todos los dilatados dominios de su antecesor el emperador Carlos V de Alemania y primero de España. Los muchos emigrados españoles que le rodeaban, que por él habían dejado sus bienes y su patria, y á los cuales no podía menos de mostrar gratitud por su afecto y sus sacrificios, contribuían aun mas á condensar la atmósfera española y sentimental en que vivía. Por esto no solamente los colmó de mercedes, riquezas y dignidades, sino que siguió sus consejos, y formó el llamado «Consejo Español» al cual encargó la administración de las provincias que le habían tocado como parte de la herencia española. Para entrar en este consejo era necesario ser español; y era español también el idioma oficial que en él se usaba.

Sabiendo esto y teniendo presente la profunda aversión que la España y cuanto era español inspiraban á los italianos que por siglos habían estado sometidos al gobierno de España, se comprenderá el efecto que les causaría la instalación de semejante consejo y su gobierno. Por otra parte era este consejo español una carga inaguantable para el gobierno y el tesoro del Austria, porque mientras el gabinete imperial con todo su personal alto y bajo solo constaba de siete individuos, tenía nada menos que cincuenta el consejo español, dotado con emolumentos desconocidos entonces, porque el consejero mas íntimo de esta corporación cobraba 10,000 florines anuales, cuya suma representaba entonces lo que hoy 75,000 pesetas. Inútil es decir que estos señores proveían todos los empleos productivos en la Italia austriaca en compatriotas suyos, la mayor parte aduladores serviles y mendigos. Estos mismos hombres fueron los que persuadieron al Emperador que renunciara á la idea de seguir adelante con su proyecto de cambio de Baviera por la Bélgica para no perder los empleos pingües que tenían en esta región ni robustecer el odiado elemento alemán en la corte imperial á cuya cabeza figuraba el príncipe Eugenio. Este príncipe italiano, nacido y educado en Francia, tenía que sostener y defender el elemento alemán en la corte del emperador de Alemania. Sus méritos y elevada categoría podían imponer á la camarilla española, pero Carlos VI ni sabía apreciarle ni le tenía afecto, al revés de su difunto hermano José, porque del mismo modo que á su padre, al cual se parecía en tantos otros conceptos, le molestaban la superioridad intelectual y el carácter enérgico del príncipe. Estos monarcas sin talento consideraban casi como un crimen de lesa majestad que un súbdito suyo fuera mas inteligente y varonil que ellos. En sus cortes los hombres mas obtusos y miserables eran los mas favorecidos é influyentes, como en la de Viena donde un tal Schlick, feldmariscal, siempre vencido en todos los encuentros, en secreta connivencia con

el mismo emperador molestaba continuamente al príncipe Eugenio con sus cábalas, creándole á cada paso dificultades y tropiezos.

Así el Austria marchaba como antes sin política fija, divagando siempre, y no acertando nunca con un derrotero seguro y constante ni en el interior ni en el exterior.

Gracias al talento y lealtad de Eugenio, establecieron relaciones en cierto grado amistosas con la corte de Francia, relaciones que, aunque pasajeras, tuvieron consecuencias importantísimas, y para el emperador muy provechosas; todo á pesar de las intrigas de los consejeros españoles de Carlos VI, devorados por el odio que tenían á los Borbones. Los cimientos de estas relaciones se echaron por Eugenio en sus negociaciones de paz con Villars en Baden, llamando la atención de este sobre la circunstancia importante de la igualdad de religión entre Francia y Austria.

Podemos formar una idea de la sandez de ciertos monarcas de aquella época por la muestra que dió de sí Carlos VI de Austria y emperador de Alemania, y se comprenderán al mismo tiempo el trabajo ingrato, la generosidad y elevados pensamientos que eran menester para que talentos como el príncipe Eugenio lograsen introducir solo una parte pequeña de las muchas mejoras y ventajas que deseaban para el país á cuyo servicio se habían dedicado.

Cuando Eugenio estaba en lo mas interesante de sus negociaciones con la corte de Francia, persuadieron los españoles al emperador en Viena á que, ya en plena paz, enviara auxilio desde Sicilia á los últimos catalanes que luchaban todavía contra el rey Felipe. Por fortuna llegó demasiado tarde el auxilio; á no ser así, habríase renovado la guerra apenas concluida, y esto para sostener una causa desgraciada y ya perdida. Eugenio, al saber semejante insensatez, advirtió al emperador los peligros á que se exponía en todo caso, y la recompensa de su advertencia fué su destitución de la lugartenencia de Milan. Así se vengó el *Consejo español*.

En menos de un año, la disposición de los ánimos en el Milanesado y reino de Nápoles se había vuelto tan anti austriaca como antes había sido anti-española.

Con tales condiciones dibujábase el porvenir del Austria y de Alemania muy sombrío; porque no era fácil que encontraran siempre en su camino á un Guillermo III y una Gran Alianza obligados por las circunstancias á salvar á la «ilustre casa de Austria» de la ruina, sacarla de los mas graves peligros, y enmendar sus defectos y errores con la sangre y el oro de los pueblos inglés y holandés, y todo para que, apenas salvados, los obtusos y fanáticos monarcas de Viena los repitieran confiando impertérritos en la estrella indestructible de la *Austria Feliz*; porque ¡*Felix Austria!* es el lema de los Habsburgos.

## CAPITULO VII

### MUERTE DE LUIS XIV

En medio del fragor de las armas, seguía también adelante la lucha de las inteligencias, demasiado empeñada ya desde mucho antes entre las ideas nuevas y las viejas, que defendían tenazmente sus posiciones respectivas palmo á palmo para que el fulgor siniestro del incendio general causado por la guerra de sucesión española no alumbrase también la obstinada contienda entre los principios del pasado y los del porvenir. Luis XIV, con su instinto certero, había reconocido en estos últimos el enemigo temible de las monarquías absolutas, monacales, y el de la institución de la nobleza, como él quería la suya y como con tanta propiedad la había sabido encarnar en su persona. Por esto, á medida

(1) Y sin embargo esa etiqueta ciega é idólatra no fué introducida en España sino con la casa de Austria. (N. del T.)

que envejecía, iba asíéndose mas y mas á las instituciones tradicionales y en primera línea al Pontificado con el cual tan fieras peleas había tenido antes. De año en año fué disminuyendo la alborozada vida de su corte, que paulatinamente se fué volviendo monótona y silenciosa, sobre todo desde que las desgracias políticas y domésticas habían doblado la orgullosa cerviz del anciano monarca. Poco se hablaba, y este poco en voz baja en las reuniones y comidas para no despertar los ecos de aquellas salas inmensas. El tacto y el decoro prohibían hablar de política y de religión, y así rodaba la conversacion sobre los sucesos comunes de la vida diaria; pero los bandos palaciegos no por eso dejaban de observarse con odio feroz, envenenando aun mas la triste é hipócrita atmósfera que allí se respiraba. Cuanto mas silencioso se volvía el palacio tanto mas se adhirió el monarca á la Maintenon, que se le había hecho indispensable, pues además de haber sabido adaptarse perfectamente á todas sus ideas, preocupaciones, caprichos é inclinaciones, y de cuidar con la mas exquisita solicitud del bienestar corporal del viejo rey, era consejera discreta, callada, sumisa y adicta. Su influencia era inmensa, tanta, que impuso á la corte aquel carácter eclesiástico monacal que sabemos. Nada se hacia, ni se ejecutaba el acto mas insignificante de la vida, sin que le precediera ó acompañara su correspondiente oracion; tanto que para encontrar una cosa análoga en la historia de Francia respecto de la vida de la corte, acaso habría de buscarla en la de San Luis.

Gran disgusto causó al rey la resurreccion paulatina del jansenismo, al cual creía aniquilado para siempre, así como la tibieza culpable del cardenal de Noailles. La Maintenon le había elevado á la dignidad de arzobispo de Paris, por haberle creído un adversario de buen temple contra toda especie de herejías; pero el cardenal no mostró ninguna energía cuando aparecieron diferentes escritos religiosos y morales pero con fondo jansenista, bien que delicadamente velado, en algunos de los cuales venía á decirse que las decisiones de la Santa Sede contra el jansenismo debían recibirse con «respetuoso silencio,» pero que no era preciso «sentir interiormente» á ellas. Este nuevo movimiento pareció á la corte tanto mas peligroso, cuanto que en Holanda se había establecido á favor de la libertad de cultos, una verdadera iglesia jansenista al rededor del arzobispo de Utrecht. Luis XIV estaba decidido á no sufrir semejante cosa en Francia á fin de trasmitir á su sucesor intacta la unidad religiosa y eclesiástica que con tantos y tan grandes y numerosos sacrificios había logrado establecer en Francia. En el fondo de la cuestión había, sin embargo, otra cosa mas trascendental y mas apremiante, y era que la oposicion política iba simpatizando y aliándose cada dia mas con la religiosa, y que unidas iban ganando rápidamente terreno, sobre todo en las ciudades grandes, principalmente en Paris y en las clases instruidas, tanto que hasta cuarenta doctores de la facultad de Teología de la Sorbona se declararon conformes con aquello del «respetuoso silencio.»

Para acabar de una vez radicalmente con esta contienda, Luis XIV impuso silencio por de pronto á ambos bandos y consultó el caso con la curia romana cuya contestacion se sabía ya de fijo cuál sería, porque antes ya había condenado completamente y en todas sus partes el jansenismo, y á la sazón era natural que considerase la doctrina del respetuoso silencio como una limitacion de su poder absoluto sobre las conciencias y doctrinas, y no como una pequeña resistencia pasiva con la cual se podría ser tolerante. Sin la menor dilacion publicó el papa en 15 de julio de 1705 la bula *Vineam Domini*; en la cual no solamente renovó todas las condenaciones anteriores del jansenismo pronunciadas por la curia,

sino que declaró expresamente «que no se satisface de ninguna manera con el respetuoso silencio á la obediencia que se debe á las sentencias del Sumo Pontífice, y que la doctrina condenada no solamente debe ser rechazada y condenada de palabra, sino de corazón.» No quería otra cosa Luis XIV. En seguida procedió á elevar esta bula á ley política y religiosa del reino. Obedeciendo á su influencia, admitió el clero de Francia en solemne asamblea y por unanimidad la ley fundamental contenida en la citada bula, y seguidamente la registraron como ley del Estado los parlamentos en sus protocolos; de suerte que los campeones mas tercos del galicanismo tuvieron que reconocer la legalidad de esta bula. La sumision fué pues general en Francia, por lo menos en apariencia, excepto en un solo punto, en el convento de Port Royal des Champs, sucursal del convento de monjas de Port Royal de Paris. Estas monjas rehusaron decididamente condenar la fe y doctrina de sus predecesoras y maestras. Sentíanse fuertes en su derecho porque el papa Clemente IX explícitamente había permitido en la llamada paz de la Iglesia del año 1668 (según queda dicho) entender las cinco tesis de Jansenio condenadas de distinta manera que las había entendido la curia al condenarlas. La curia misma había permitido esta libertad, cuyos partidarios querían conservar á la sazón sirviéndose para esto del «respetuoso silencio.» La apelacion de las monjas á esta paz general de la Iglesia no les sirvió de nada tratando con un déspota como Luis XIV; porque si ya había pasado el tiempo de atropellar países vecinos de la Francia, no le privaba todavía nadie de ejercer su despotismo brutal en monjas francesas indefensas. Así, en son de superior eclesiástico, les prohibió admitir en adelante novicias y elegir abadesa en caso de vacante; y como siguiesen en su resistencia, envió al convento en octubre de 1709 á un oficial de policía con sus corchetes y algunos carruajes, que sin mas ceremonias hicieron entrar en estos últimos á las monjas mas viejas, casi todas achacosas y las distribuyeron en diferentes conventos. Hasta las monjas muertas fueron desenterradas y llevados sus restos á varios osarios en otra parte, despues de lo cual fué destruido el edificio hasta sus cimientos.

Poco trabajo había costado á Luis XIV condenar á un par de docenas de señoras ancianas al martirio; pero este rigor feroz produjo un efecto diametralmente opuesto al que su autor deseaba y esperaba, porque la admiracion que excitaron las víctimas con su valor heroico y la indignacion que causó el tratamiento brutal á que se les sometió ganaron al jansenismo muchos adeptos entre las personas ilustradas. Además los vencedores abusaron de la victoria, y llevando las cosas al extremo faltó poco para que perdiesen todavía muchísimo mas. No podían perdonar al cardenal de Noailles su anterior tibieza para con el jansenismo, y animados por la gran hazaña contra las monjas, procedieron al ataque del cardenal.

El pretexto de que echaron mano es curioso. Cuando Noailles era todavía simple obispo de Chalons, había recomendado á sus diocesanos un libro escrito por el padre Quesnel, titulado: «Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento.» En esta obra habían encontrado en Roma cierto sabor jansenista, la habían puesto en el Índice, y el autor no lo habría pasado muy bien, si no hubiese puesto tierra por medio, refugiándose en Holanda; pero como la cosa en el fondo no tenía importancia, muchos la ignoraban en Francia, y no se había hablado siquiera de ella. De repente, al cabo de quince años de no acordarse nadie ya de semejante libro, dos obispos insignificantes le condenaron en 1711 con grandísimo celo en sus pastorales, y para mayor befa del cardenal de Noailles, las hicieron publicar en la propia diócesis de

éste y pegar á la puerta de su mismo palacio arzobispal de Paris. Eran evidentemente instigados por jesuitas. Noailles, tranquilo en su conciencia, hombre de vida piadosa é irrepreensible, lleno de las mejores intenciones, confiando en su ilustre alcurnia y elevada dignidad en la Iglesia como cardenal y arzobispo de la primera diócesis del reino, contestó á este insulto villano y archi-ultramontano condenando el comportamiento de aquellos dos obispos, que así se extralimitaban de su jurisdiccion; mas no tardó en conocer que los dos prelados, tan poco importantes, solo eran instrumentos de enemigos de mucha mayor significacion.

Ocupaba á la sazón el lugar del piadoso y digno padre La Chaise, como confesor del rey, otro jesuita, el padre Le Tellier, miembro fanático de su orden, cuyos intereses estaba dispuesto á representar y defender contra viento y marea con razón ó sin ella. Desde el principio habían sido los jesuitas los adversarios mas ardientes del jansenismo, y á la sazón creyeron llegado el momento de poder borrar hasta sus últimos vestigios. Al mismo tiempo la ocasión era favorable para mostrar su poder en la persona del primer prelado del reino. Casualmente, ó de intento, llegó á manos del arzobispo de Paris un proyecto de memorial dirigido al rey, y que iba dirigido primero por encargo y en nombre del padre Le Tellier á un número de obispos adictos á su persona, á fin de que lo firmasen y lo presentasen al rey como expresion libre de su opinion desfavorable al libro del padre Quesnel y al cardenal Noailles que en remoto tiempo lo había recomendado. Al ver esta nueva intriga, se encolerizó Noailles, y en su ira echó en seguida mano de sus armas mas afiladas; quitó á los jesuitas las licencias de confesar en su diócesis, y además acudió directamente al rey en queja contra su confesor. El odio del jesuita Le Tellier tenía otro motivo además de la persecucion del jansenismo hasta en sus mas leves manifestaciones, y era que Noailles defendía también los fueros episcopales y la independencia que el rey en union con Roma trabajaban por quitar al episcopado.

Consecuencia de toda esta contienda fué que la oposicion contra la política eclesiástica del rey en los dos últimos decenios de su vida, tomara cierto viso jansenista, y que por lo mismo el rey se pronunciara con mas empeño contra el cardenal Noailles, al cual declaró públicamente culpable. El arzobispo, firme en sus convicciones y derecho, tuvo el valor de publicar una contestacion á la orden del rey, contestacion que calificaba la obra de los jesuitas que rodeaban al soberano. Este, que á su vez no quería entrar en disputas ni polémicas, aunque fuese con un cardenal, sometió el caso á la curia romana, cuya contestacion no podía ser dudosa para él, pues que estaba tanto y mas interesada en la cuestion que él mismo. Así es que aprovechó esta ocasion con mucho ardor para acabar de una vez con la última sombra del jansenismo. El resultado fué, despues de larga y madura meditacion, la bula *Unigenitus* publicada por Clemente XI en el mes de setiembre de 1713, en la cual condenó nada menos que 107 proposiciones del libro de Quesnel, y de paso la doctrina jansenista de la divina gracia, la libre interpretacion de la Sagrada Escritura, y en general, de un modo determinante, el derecho de tener una opinion personal en frente de las decisiones de la Sede Apostólica.

Esta célebre bula *Unigenitus* era la primera declaracion de la infalibilidad del Papa; una protesta que amenazaba á la sociedad seglar y le negaba todo derecho en frente de la Iglesia; pero trabajado Luis XIV por la camarilla de confesores y beatas que le rodeaba, le pareció una victoria de la corona tanto como del partido místico y jesuita. De suerte que Luis, Fenelon y Le Tellier, celebraron la aparicion de la bula con igual alegría y entusiasmo, y gracias á ella veían

ya en su imaginacion restablecida la paz en la Iglesia, como que Noailles no tuvo mas recurso que doblar la cerviz y revocar en una pastoral su antigua recomendacion del libro de Quesnel, cuya lectura prohibió en su diócesis.

Con esto podían haberse contentado los ultramontanos; pero no era su intencion poner puente de plata al enemigo que se retiraba. Exigieron que la bula *Unigenitus* fuese solemnemente admitida por una asamblea del clero de Francia, y que los parlamentos la registrasen como ley del reino, según se había hecho respecto de la bula *Vineam Domini*; porque faltaba mucho para que todos los obispos y parlamentos estuviesen conformes con todas las proposiciones de la bula y muy especialmente con la que condenaba aquella en que se cifraba la libertad de la Iglesia galicana y en la cual iba envuelta y comprometida la fidelidad y sumision debidas al monarca, á saber; que en el cumplimiento del deber de la obediencia debía arrostrarse hasta el peligro de una persecucion injusta; es decir, que la bula mandaba que primero fuese la obediencia á la Santa Sede, y despues la que se debía al monarca, á la patria, etc.

Sin embargo, el parlamento de Paris y 40 obispos de los 51 que formaban la asamblea eclesiástica admitieron la bula en febrero de 1714; por supuesto á consecuencia de las muchas amenazas y cohechos de Luis XIV que miraba esta bula como obra suya y como prueba de que también era soberano en materia de religion y mandaba á todo el mundo.

Nueve obispos, y á su cabeza el cardenal Noailles, protestaron en la misma asamblea contra las proposiciones despecticas de la bula, pidiendo que el papa se volviera á asesorar mejor; y no contentos con este paso, el cardenal arzobispo Noailles y el obispo de Tours dieron otro que creyeron dentro de sus atribuciones, y fué prohibir, primero el uno y despues el otro, al clero de sus respectivas diócesis que admitiera y publicara la citada bula sin autorizacion expresa de su prelado respectivo.

Era un espectáculo curioso ver exponerse dos prelados al peligro de ser suspendidos en sus funciones por el hecho de prohibir en sus diócesis la aceptacion de una declaracion dogmática publicada por la Santa Sede y aprobada y admitida por la autoridad eclesiástica mas alta del país como era la asamblea del clero, y además por la civil suprema. En la asamblea eclesiástica se adhirieron á la bula hasta 98 de los 110 obispos de Francia, de modo que solo 12 participaban de la opinion de Noailles, sin que los diez fuesen sin embargo tan lejos como este y el obispo de Tours.

El rey consideró, y desde su punto de vista con razón, la conducta de Noailles y de su colega como un acto de rebelion contra la ley de la Iglesia y del reino; y así lo habría considerado la mayoría de la nacion, y Noailles habría quedado aislado según todas las probabilidades, si cabalmente entonces el partido de los jesuitas no hubiese excitado contra sí á todo el mundo con sus crueles é inauditas persecuciones. Luis XIV su ciego instrumento, impulsado por ellos y por su cruel intolerancia, no hacía mas que decretar destituciones, destierros y calabozos contra todos los que infundían sospechas, aunque fuesen remotas, de profesar ideas jansenistas, y tanto fué su celo, que hasta se arrojó á dictar sentencias en causas puramente eclesiásticas temiendo que sin su concurso el acusado saliera de la causa poco castigado. Llegaron las cosas á punto, que bastaba, para perder á cualquiera, aunque perteneciese á la corte misma, el acusarle de jansenista.

Con igual y peor saña se perseguía á los protestantes ó reformados; el que era descubierto, aunque fuese allende el Océano, allá en las orillas solitarias del rio de San Lorenzo ó del Mississippi, iba de seguro á remar en las galeras. Ni

enfermos, ni en el lecho de muerte, se dejaba tranquilos á los protestantes; porque todo médico estaba obligado á la segunda visita que hacia á un enfermo á dar aviso al cura de la parroquia para que este visitara al paciente, y si se negaba á admitirle, quedaba prohibido al médico el volver á la casa, y el enfermo condenado á perecer sin auxilio facultativo. Había algo peor y era que en tal caso el gobierno se apoderaba de los bienes del difunto, cuyo cadáver desnudo era arrastrado y echado al pié de la horca.

Esta ley horrible fué obra del padre Le Tellier y de la Maintenon.

Desde la revocacion del edicto de Nantes incumbía la persecucion de los protestantes al gabinete secreto del rey que casi no se ocupaba en otra cosa, lo mismo que la policía, la cual durante treinta años no se cuidó casi mas que de espiar, perseguir, é impedir la emigracion, y de prender y dar tortura á las personas sospechosas de tener malos principios religiosos. Protestantes nobles, aun de la categoría mas encumbrada, fueron encerrados en lúgubres calabozos, y sus esposas en otros, como sucedió al duque de La Force; se les quitaban los hijos y á fuerza de crueldades se les obligaba á hacerse católicos; y esta persecucion fué extendida por el gobierno aun mas allá de sus fronteras. El odio de los devotos y místicos perseguía á los protestantes franceses y otros hasta en el extranjero, y obtuvo luego del gobierno español que desterrara de todas sus poblaciones mercantiles á los hugonotes.

Semejante intolerancia cesáreo-papista habia de empujar forzosamente á todo el público ilustrado al campo de los defensores de la libertad del pensamiento, y á las filas del partido enemigo del despotismo y de los jesuitas. A estos últimos se atribuía en general la culpa de todo, tanto que la oposicion clerical estaba muy distante de creer que combatía á la Santa Sede y á la institucion monárquica, sino que creía firmemente luchar en su favor y exclusivamente contra el jesuitismo que momentáneamente ejercía sobre ellas una influencia fatal. Por eso los obispos refractarios tenían segun ellos el deber sagrado de contribuir á que el Pontificado volviera al buen camino donde estaban sus intereses verdaderos.

No era Luis XIV hombre de tolerar semejante resistencia á su voluntad; pero tampoco sospechaba los efectos formidables que cabalmente habia de engendrar en su propio perjuicio la ingerencia del poder civil en esta contienda puramente eclesiástica. Para él no se trataba mas que del principio de que la Iglesia francesa no debía creer ni enseñar mas que aquello que le pareciera bien al monarca. La hueste espiritual habia de marchar y proceder en su reino siguiendo las órdenes del rey, ni mas ni menos que los dragones ó granaderos, ayer en contra y hoy á favor de Roma, segun la real voluntad de S. M. En esto tenia el rey enteramente de su parte á aquel fanático ciego que tan inexorablemente habia perseguido á los reformados, y á quien el mundo tan erróneamente ha considerado siempre como un carácter afaible, manso, sufrido y tolerante, el obispo Fenelon de Cambrai, que poco antes de su muerte, que ocurrió en 7 de febrero de 1715, instó todavía en una memoria al rey á que persiguiera sin contemplacion á Noailles, y le hiciese condenar por un concilio nacional. El rey, en efecto, suplicó al papa que le convocara y enviase un legado suyo para presidirlo.

Hasta aquí la curia romana se habia dejado influir por la corte francesa, no para favorecer á la corona ni al principio monárquico, sino simplemente para robustecer el pontificado; pero en esta ocasion contestó al rey con una negativa, porque no le convenia un concilio nacional en ningun país,

ni mucho menos en Francia, donde ya en 1682 se habian adoptado en un concilio las famosas disposiciones á favor de los execrables fueros de la Iglesia galicana.

La negativa de la curia dejó á Luis consternado; pero no habia remedio; como todo otro mortal unido con Roma, tenia que aprender tambien el rey Sol que ésta jamás mira por el interés de sus aliados, sino exclusivamente por el suyo. No sabia qué partido tomar. En el primer ímpetu pensó hacer imperar su autoridad, pero luego no pudo menos de reflexionar que con un cardenal y arzobispo de Paris no podia proceder como procedería con un jansenista cualquiera; y hacerle condenar por el parlamento, que habia registrado la bula solo con ciertas salvedades, era exponerse á tropezar con dificultades graves. Quiso en un momento de despecho convocar él mismo el concilio, pero luego reflexionó que esto era declarar la guerra al papa, poner en ridiculo su propia política eclesiástica, tal como la habia adoptado desde el año 1690, y finalmente justificar y robustecer con este paso la oposicion episcopal.

Así estaban las cosas en los últimos dias de Luis XIV. Habia querido obligar al parlamento á registrar la bula *Unigenitus* sin salvedades y decretar contra todo obispo que no la firmara incondicionalmente la persecucion y formacion de causa criminal como desobediente á las leyes; y por primera vez despues de sesenta años de serviles complacencias se resistió á semejante exigencia esta corporacion. Entonces hubo de comprender Luis XIV que ni en el terreno político y civil ni tampoco en el eclesiástico, el capricho del déspota lo puede todo, y que los sentimientos y las inteligencias de millones de personas no se someten indefinidamente á la voluntad de un solo hombre. Durante un largo período habia podido establecer, á fuerza de rios de sangre y de lágrimas, el sistema de la unidad religiosa; y todos sus adversarios, los jansenistas genuinos, el protestantismo, el genio de independencia de los obispos parecian vencidos y víctimas de la fria crueldad del monarca; pero de repente surge la oposicion cabalmente de entre la prelación cortesana á la cual el rey tenia por el instrumento mas seguro y mas eficaz para imponer y sostener su dictadura eclesiástica.

Tan cierto es que la fuerza de las ideas es indestructible. La tiranía del hombre es impotente contra ella.

En el mismo año de 1713 empezó á publicarse un periódico satírico violentísimo bajo el título de «Noticias eclesiásticas», que á despecho de la persecucion mas activa por parte de la policía, siguió imprimiéndose y siendo leído en todo el país con el mayor afán, sin que jamás se descubriera dónde se componía é imprimía, ni cómo se repartía; porque los atrevidos autores y editores tenían de su parte la opinion pública, y formaban por su gran número una sociedad secreta perfectamente organizada que se extendía por todo el reino como un hábito revolucionario.

En los postreros quince años del *gran reinado*, como muchos aun hoy llaman el tiempo de Luis XIV, decayó visiblemente su literatura. Era preciso que desapareciera para hacer lugar á la nueva sociedad literaria del siglo XVIII, que arrancando de las ideas inglesas, se encargó de continuar la lucha que sostuvo esta nacion contra Luis XIV y la continuó con todas sus ideas, proyectos, tendencias y organizacion aun despues de su muerte; tanto que en los últimos dias del siglo XVII se quejaba ya la duquesa de Orleans de que los jóvenes de aquel tiempo eran ateos. En todos los ramos de la poesía cultivados hasta entonces notábase igual decaimiento. El sucesor de Boileau, era Juan Bautista Rousseau, versificador muy artístico, pero no poeta. Se distingue por un gusto exquisito en la eleccion y abundancia de las expresiones, pero no hay en sus obras profundidad de senti-

mientos, ni abundancia de ideas ni imaginacion. En cuanto á su talento, era tan vacilante, flojo é inseguro como su carácter. A Racine habia sucedido Crebillon que, falto completamente de estro poético y dramático, se valia para suplirlos del grosero aliciente de motivos terroríficos y horribles, de pasiones violentísimas, de efectos de relumbron y por contraste de amoríos empalagosos. Habia pasado la época del clasicismo, como del ideal oficial duro y erguido de Luis XIV, y empezaba la de los Montesquieu y Voltaire en cuyas banderas ya no estaba inscrita la palabra «trono», sino las de *libertad, verdad y ciencia*. En torno de estos escritores se agruparon otros autores con armas afiladísimas y mortales, llenos de entusiasmo por los nuevos principios, aunque á menudo no acertaban á comprenderlos bien.

La decadencia del arte era tambien innegable. En la pintura no existía ninguna notabilidad fuera de algunos retratistas, y en la escultura solo habia un ejército de talentos de cuarta y quinta categoría. En ambas artes dominaban el gracejo afectado, indicio inequívoco de decadencia, el cuidado exagerado en los detalles secundarios y las líneas y posiciones difíciles.

En la administracion quedó en miserable estado la hacienda, y no la supo arreglar Luis XIV.

Los 29 años de guerra que habia pasado la Francia desde 1667 le habian costado solo en los campos de batalla y en los hospitales militares 1.200.000 hombres, y en dinero 1.500 millones de libras solo de gastos directos, sin contar las pérdidas que habian causado al comercio, á la industria, en buques y géneros apresados, etc. Tan monstruosos dispendios habian agotado los inmensos recursos del país. Para reclutar el ejército hubo necesidad de echar mano del antiguo sistema feudal de lanzas. La hacienda estaba arruinada, sobre todo desde 1705 y 1707, en cuyos años se habian disminuido los ingresos regulares en cerca de 30 millones de libras, al mismo tiempo que los gastos habian tenido un aumento de 258 millones. Habíase secado tambien el ramo tan productivo de la venta de empleos, cuyo precio bajó á medida que abundó el género y que disminuyó el número de pretendientes acomodados; de modo que finalmente no recompensaba ya las mermas que causaba al tesoro por otro lado. Tambien sucedió que empleos de nueva creacion invadieron el terreno de otros mas antiguos y arruinaron así á sus poseedores y á sus familias. Las tropas, que ya no vivian en país enemigo á costa de sus habitantes, consumian con la carga de alojamientos en sus marchas y cuarteles de invierno, los últimos medios de subsistencia de la poblacion. Además cada año habia nuevos reclutamientos, peores cosechas y la consiguiente carestía de artículos de subsistencia. Los magnates y altos funcionarios, los acreedores del Estado, y todo el personal administrativo en general cobraban sus haberes en papel, cuyo valor bajaba á veces á la quinta parte del nominal. La poblacion rural veía embargado su pobre haber para pagar la talla, de la cual se libraban los vecinos mas acomodados que habian podido comprar empleos, porque todo funcionario público estaba exento de contribucion; y finalmente al concluir la guerra habíanse empeñado y gastado los ingresos adelantados de dos años, subiendo toda la deuda á mas de 2.000 millones de libras sin medio ni esperanzas de pagar siquiera los intereses, ni menos amortizar el capital. El gobierno se arreglaba como podia sin escrúpulos ni consideraciones de honor nacional, adoptando á cada paso las medidas mas ilegales y despóticas, que no solamente representaban la bancarota declarada y pública, sino la estafa descarada. El municipio de Paris se habia encargado de responder de 750 millones de libras de la deuda con un interés á título de renta de 5, 6 y 8 por

ciento que sin ceremonia alguna fué bajado hasta al 4 por ciento. El papel moneda y los bonos del tesoro se pagaban, no en dinero, sino en títulos de renta por la mitad de su valor so pretexto del curso bajo que tenían. Muchos eran los que á invitacion del gobierno habian pagado por adelantado seis años de la contribucion de capitacion y estos hubieron de volver á pagarlos como cualquiera. Las contribuciones de guerra se sacaban lo mismo que antes, y estas y todas las demás empleando la fuerza bruta. El clero además tuvo que aprontar doce millones y los arrendadores de servicios públicos nueve millones y todo sin admitirseles reclamacion ninguna.

Sin embargo, este verdadero saqueo no pasaba de ser un paliativo insuficiente y bueno solo para el momento, porque era imposible equilibrar los ingresos con los gastos, entre los cuales figuraban solamente por intereses de la deuda de 70 á 80 millones de libras anuales, y reinando un Luis XIV que, no conociendo fe ni ley, el Estado habia perdido todo su crédito, y nadie queria ya confiarle sus capitales. Las consecuencias de esta desorganizacion de la hacienda fueron incalculables y desastrosas para el trono. El déficit crónico y siempre creciente, causado por las ambiciosas guerras de Luis XIV, fué luego el apóstol mas persuasivo, convincente y poderoso de la imprescindible necesidad de reformas radicales, la zapa que socavó la administracion monárquica y que introdujo la revolucion, cuando la monarquía perdió el tino y no encontró ya salida. Lo que entonces pareció un simple apuro del momento y un compromiso desagradable para el gobierno monárquico, resultó, pasado algun tiempo, ser su juez y su verdugo.

Hay que confesar, sin embargo, en honor de Luis XIV que hasta sus últimos momentos permaneció fiel á los que él entendía que eran sus deberes de monarca. Ya conocemos la energía con que estableció su sistema y sus principios de gobierno en el interior, aunque errados; pues bien, con igual energía procedió en el exterior tratándose de sus deberes de jefe de familia. A su nieto Felipe V socorrió con 50 batallones á las órdenes del duque de Berwick para someter á los catalanes, y con 22 batallones mas para recobrar la isla de Menorca.

Este su nieto, en febrero de 1814 perdió á su esposa María Luisa de Saboya á quien amaba con toda la ternura de que era capaz y cuyos consejos seguía en todo, porque esta princesa era por su inteligencia y talento digna hermana de la esposa del difunto duque de Borgoña. El dominio que tuvo sobre su débil esposo, que tanto debía á sus consejos discretísimos, se prolongó en cierta manera despues de su muerte en la persona de su anciana amiga predilecta, la princesa de los Ursinos, que era la única persona con la cual hablaba Felipe en su desconsuelo. Ella llevaba sobre sus hombros todo el peso del gobierno del país con una energía é inteligencia incomparables. Con el auxilio de algunos amigos franceses, reorganizó el ramo de contribuciones, cimentándolo en bases tan sólidas, que desde entonces data una nueva época para la administracion y situacion económica y política de España. Merced á esta inteligente matrona y á su auxiliar el marqués de Orry, el país se levantó pronto de su abatimiento y llegó á una posicion tan próspera como no se habia visto desde cincuenta años. En primer lugar la princesa y Orry trataron de disminuir las riquezas é influencia de la Iglesia, y en especial el poder de la inquisicion á favor de la autoridad del rey y de la libertad del pensamiento; mas para esta última reforma no habia llegado el día; la nacion española no estaba madura para semejante progreso, y de consiguiente no solamente naufragó por completo, sino que atrajo sobre la princesa todo el odio del pueblo castella-